

EPILOGO.

Una noche, Gabriel, trémulo y conmovido, hizo entre suspiros la declaracion de su amor á Guadalupe. ¡Era una noche de luna, noche hermosa de amor, de poesia y de expansion! Guadalupe estaba pálida y enternecida. Los dos jóvenes juraron amarse y esperar. ¡Esperar dos años! Pero ¡es tan dulce la esperanza, cuando despues de la ilusion que la diviniza, está una dulce realidad!

Amparo, moribunda casi, por tanto sufrimiento, tomó el habito en el convento de Santa Brígida.

Este desenlace no es del gusto de mis lectores, bien lo conozco. Ellos hubieran querido una union dulce y apasible. Esto hubiera sido mas hermoso; pero no mas verdadero. Yo solo escribo lo cierto, y fuerza es confesar que en la vida no hay mas que pesares, sufrimiento, tal vez una felicidad rota en el momento de alcanzarse.

Isidoro y Eulalia se casaron el mismo dia en que profesó Amparo.

Hoy es el matrimonio mas lujoso de nuestra sociedad, cuando se presentan en los elegantes salones, todos al verlos esclaman: —¡Qué hermosa pareja! parecen formados el uno para el otro

En el mismo dia en que tuvo lugar este feliz enlace, atravesó un joven los callejones de San Salvador, se detuvo en una aislada accesoria situada á corta distancia de la casa en que han tenido lugar las escenas de esta historia; cerró cuidadosamente la puerta, se quitó su levita, tapó con ella las rendijas de su parte inferior á fin de impedir la entrada del aire; y luego se acercó á un rincon donde se encontraba un monton de carbones murmurando:

—¡Oh! ¡Eulalia se ha casado y está por siempre perdida para mí, mi madre ha muerto de pesares, mi hermana, despues de haber sido abandonada por ese miserable, se ha prostituido, mi padre ha sido conducido al hospital de dementes, mis hermanos mendigan en las calles el pan! Estoy solo, completamente solo en el mundo, y no me resta mas que morir. ¡Adios, Eulalia de mi vida! ¡Adios para siempre!

Luego encendió una bugía, prendió con ella fuego al combustible y lo activó soplando con toda su fuerza.....

Cuatro dias despues, la justicia rompió la puerta y estrajo de allí un cadáver en putrefaccion.

La señora Paula goza con la felicidad de Guadalupe y Gabriel, á quienes llama "sus hijos." Sin embargo, muy á menudo, una nube de tristeza viene á enlutar por un instante el cielo de su felicidad. Es que se acuerdan de Amparo y Roman....

El *Amerique* salió del puerto de Veracruz en direccion al Havre.

Cerca del escotillon, de codos sobre la barandilla de cubierta, iba un joven muy pálido vestido de negro. Permaneció con la vista tenazmente clavada en la montaña del "Pico de Orizava," cuya nieve se confundia con las nubes del firmamento, tomando ya esa forma que distingue uno á cuarenta leguas de la costa y que los marinos llaman "La Paloma de América."

Cuando las costas mexicanas se hubieron confundido con el mar del golfo, dos lágrimas rodaron silenciosas por las pálidas mejillas del joven, y sus labios se entreabrieron para decir con triste acento: ¡Adios! ¡Amparo! ¡Amparo! ¡Amparo!

FIN.

LA AZUCENA Y LA VIOLETA.

EN UN ALBUM.

Crecia la Azucena á orillas de un arroyo que el Mayo formó.
Su imágen se espejaba en las ondas; las brisas de las mañanas
primaverales suspiraban entre sus pétalos; las demas flores del
huerto envidiaban su hermosura.

Al pié de su tallo medio encubierto entre yerbas, se ocultaba
la Violeta, esa flor siempre avergonzada, esa flor animada que
siente y sufre.

El Céfito, hermoso jóven galanteador y amigo de las flores, se
acercó á ellas de puntillas en una tarde de verano en que la luz
crepuscular comenzaba á aparecer por momentos y el sol mori-
bundo de mayaba en Occidente, de esas tardes apacibles de amor
y perfumes, entabló el siguiente diálogo.

CÉFITO.—Yo te amo, tímida Violeta, y tu amor es necesario
á mi existencia juvenil y apasionada, porque cuando llevo tus
aromas á las jóvenes hermosas, sus lábios frescos y rojos como
aquella flor de granado que está allí y es tambien mi amante, se
entrebren para aspirarme y recibir mis besos: ¡oh! sí, ámame,
ámame!

VIOLETA.—Céfiro, yo agradezco tu amor, pero vivo mas tranquila en mi soledad: ademas, ese arroyo que ves á mi planta, es un poeta que me ama, y en las noches templadas del estío, cuando la luna vela su desmayada luz entre nubes, me inclino hácia él y entablamos dulces pláticas de nuestro amor puro é inocente.

CEFIRO.—Lo siento; pero vas á ver cómo la hermosa y altiva Azucena, acoge mi pasion que le dará tantos placeres.....

Al solo nombre de hermosa, la Azucena se irguió en su tallo, sus pétalos se estremecieron de orgullo, y altiva y lozana se agitó de placer.

Un instante despues, cuando la luz crepuscular se desvaneció completamente, el Céfiro dormia en su nevado seno.....

Otro instante despues, la jóven señora del huerto salió á pasearse por él, y al aspirar aquel aroma embriagador y delicioso, que el Céfiro se apresuraba á llevarle, se acercó á la Azucena y la desprendió de su tallo diciendo:

—“Oh! yo guardaré esta hermosa flor para dársela á él cuando venga.”.....

Al dia siguiente, sus pétalos vagaban esparcidos por el viento.....

Tú, hermosa niña, á quien nunca he visto, pero cuya historia me ha contado otro poeta mi hermano, eres esa Violeta modesta y aromada. Yo no tengo mas que una lira que Dios me dió; pero tú guardas un corazon que comprende y siente.

Conserva siempre tu casta hermosura, y no olvides la historia de la *Azucena* y la *Violeta*.

FIN.

PQ
.D5
C5